“La actual lucha de clases gira en torno a la vivienda, un eje de desigualdad”

pikaramagazine.com/2025/04/la-actual-lucha-de-clases-gira-en-torno-a-la-vivienda-un-eje-de-desigualdad

Texto: J. Marcos

9 de abril de 2025

En Sol se contagió de la militancia “y hasta hoy”, aunque las formas claro que han cambiado, “el cuerpo te pide otras cosas”. La indignación del 15-M pilló a **Laura Barrio** con su vida a cuestas, una vida “muy de supervivencia, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Mayo de 2011. Por aquel entonces Barrio “no estaba nada politizada”, pero el caso es que acabó en la plaza del oso y el madroño, en Madrid. Entonces los debates se

trasladaron a los barrios, también al suyo, a Usera, donde a los pocos días cofundó el grupo de vivienda. Inmediatamente después vino el apoyo a la Plataforma de Afectadas por la Hipoteca (PAH). Y más tarde la Coordinadora de la Vivienda. Calle y más calle, mucha calle. El "punto álgido" –recuerda– fue cuando a principios de 2017 llevaron a la Asamblea de Madrid una Iniciativa Legislativa Popular (ILP) para reclamar el derecho a una vivienda digna. Fueron meses de un trabajo, que –lamenta– "no sirvió para nada porque ni lo admitieron a trámite". Y entonces el bajón, "te quedas un poco reventada, te desinflas". Y por si fuera poco, el confinamiento.

En vez de darse por vencida, Barrio aprovechó para terminar la carrera de Sociología y para profundizar vía máster en el derecho a la vivienda, "construido sobre un genérico masculino que es muy injusto, que no es real". Así fue como esta "socióloga desobediente" según se define en las redes sociales, juntó el feminismo con el derecho a la vivienda y con la propia realidad de su barrio. Un triángulo de militancia que ahora defiende desde la trinchera de los talleres y las formaciones, aunque sin despegarse del todo de la calle, Usera siempre en el retrovisor. Barrio atiende a *Pikara Magazine* por videollamada, casi dos horas de conversación.

> "La lucha de clases que antes se regía por un eje laboral ahora gira en torno a la vivienda"

El acceso a la vivienda es la principal preocupación de la sociedad española. Así lo reflejan diferentes estudios, entre ellos el último Barómetro de Opinión del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) correspondiente al mes de marzo. El foco actual está puesto en los alquileres, con la llamada generación inquilina como principal damnificada. ¿Quiénes son?, ¿qué perfil tiene ese colectivo?

Nos han metido culturalmente que un inquilino es una persona joven y precaria por su edad. Pero ese imaginario es perverso. Y no es casual, sino una constelación de ideas interesada que te hace pensar que vas a mejorar simplemente por cumplir años o que, como eres joven, puedes vivir peor. Todas esas ideas están ancladas en una ideología de derechas muy peligrosa. El concepto de generación inquilina rompe con eso porque podemos ser cualquiera que no vayamos a heredar una casa. Da igual cuántos años tengas y de qué trabajes. Vamos creciendo y se van acumulando generaciones inquilinas hasta que al final pues… La lucha de clases que antes se regía por un eje laboral ahora gira en torno a la vivienda.

Es decir, que más que de generación habría que hablar de clase inquilina frente a la clase rentista, que es precisamente la contraposición que establecen desde el Sindicato de inquilinas e inquilinos de Madrid. La confrontación de clases sigue ahí, ahora en torno a la vivienda.

Completamente. Si tienes una casa en propiedad o una hipoteca que puedes pagar cómodamente, aunque ganes lo mismo que tu vecino inquilino, tú puedes jugártela, tienes más posibilidades de fracasar y de volverte a levantar. O sea, vivimos con una

serie de privilegios que creemos que son universales y que solo los tienen aquellas personas que tienen asegurado un techo.

Esa clase inquilina está atravesada por dinámicas de extractivismo y explotación [ver el informe 'Poder inquilino'], racismo [ver '¿Se alquila? Racismo y xenofobia en el mercado del alquiler'] y también por la propia cultura patriarcal que tú misma has investigado [Barrio es autora del trabajo de fin de máster 'Género y delito: el caso de la usurpación de bienes en la Comunidad de Madrid (2007-2023)'].

Es que, si nos ponemos a hablar de desigualdad social, hay muchos ejes interrelacionados que la vertebran. A una misma persona le atraviesan muchos ejes de desigualdad: la edad, el barrio en el que hayas nacido, tu formación académica, si eres hombre, mujer, blanco, negro… elementos que determinan en qué punto de la sociedad te desenvuelves. La vivienda es en sí misma un eje de desigualdad, es lo que nos empobrece. Da igual cuánto ganes, porque la especulación inmobiliaria va más deprisa que los ingresos que tú puedas generar. La especulación te alcanza y su objetivo es llevarse el máximo posible de tu salario. Entonces, ni es un problema de jóvenes ni es un problema de mercado laboral. Es un problema de que la vivienda extrae la pasta a todo el mundo. Y es imparable.

¿Y qué rol juega en concreto el género en el tema de la vivienda?, ¿hasta qué punto condiciona para el acceso un hogar?

El género es lo más básico. Todas las desigualdades de género que encontramos en el mercado laboral, que están hiperestudiadas, se trasladan automáticamente al mercado inmobiliario, al alquiler, por ejemplo. Para empezar, porque tienes menos pasta porque cobras menos. Pero es que además las mujeres que estamos socializadas como mujeres, o sea, si cumples con tu rol social de mujer, si eres una "buena mujer", eso automáticamente se traduce en vulnerabilidad en el derecho a la vivienda. Por el contrario, un hombre socializado como un hombre tiene todas las ventajas para disfrutar del derecho a la vivienda. Estamos en peores condiciones de partida. Esta barbaridad te conlleva dificultades que no se comentan, que no están en las políticas públicas porque tampoco hay siquiera herramientas para diagnosticarlas y medirlas.

> "La vivienda es lo que nos empobrece. Da igual cuánto ganes, la especulación inmobiliaria va más deprisa que los ingresos que puedas generar"

Como consecuencia de todas esas desigualdades, hablas de la muerte civil para quienes no pueden acceder a un hogar.

Cuando nos acercamos al debate de la vivienda solemos pensar en el mercado legal. El regulado. El oficial. Pero siempre ha existido un mercado sumergido, como en cualquier sector de la economía. ¿Dónde está el millón de personas desahuciadas desde que empezó la ola de desahucios en 2007-2008? En el mercado sumergido. Es lo que llamo la muerte civil. Y lo conocemos muy bien la gente de las asambleas de barrio porque llevamos años dando la mala noticia de que las medidas políticas o del escudo social, el plan de vivienda, las viviendas públicas, las ayudas al alquiler, todo eso ahí no llega. Por

ejemplo, no puedes acceder al empadronamiento ni a la adquisición de derechos que conlleva. Entonces tienes problemas para escolarizar a tus hijos, tienes problemas con la tarjeta sanitaria, tienes problemas con la trabajadora social, con todo. Eso te cierra las puertas a un montón de derechos elementales, como el derecho al voto. Es la muerte civil.

Escuchándote queda claro que por un lado está la vivienda reducida al espacio físico, una mercancía al fin y al cabo, pero también está la vivienda entendida como hogar digno, ese derecho al refugio que tienen todas las personas como reflejan diferentes tratados, desde la ONU cuando establece los derechos humanos hasta la propia Constitución Española en su artículo 47. Claro, la especulación no entiende de diferencias.

La vivienda es un derecho. Es absurdo no entenderlo. Todo el mundo necesita un lugar donde vivir. Es incuestionable. El problema es la propiedad privada, que se nos ha ido de las manos. Luego hay una reflexión que no podemos obviar: estamos en un ecosistema capitalista que va evolucionando. No podemos leer la realidad de hoy con lo que aprendimos sobre el sistema capitalista hace 20 años. Hay ejemplos clarísimos, como el de un ático en el centro de Manhattan, en el que la función social es que ni está ni se la espera. Lo que no puedo entender es que ese capitalismo salvaje llegue a las casitas de Usera. Porque además es contagioso, o sea, va permeando y entonces nos vemos especulando cada uno en nuestro nivel. Entonces, igual que lo hace [el fondo de inversión] Blackstone con bloques enteros en cualquier barrio, ves a la gente explotando con su sofá, con su litera. Es contagioso y lo reproducimos cada uno a nuestro a nuestro nivel. Ahí es donde ves a la gente *curranta* sin dinero habiendo perdido por completo la noción de clase, porque se creen que tienen el derecho a especular, aunque sea con el alquiler de habitaciones.

En esa lógica de clases, quien se compra una casa o quien hereda una casa ¿de alguna manera está traicionando a su clase, a esa clase inquilina?

Me explota un poco la cabeza con eso. Lo tengo en el proceso. [Silencio] Se me vienen a la cabeza dos reflexiones: primero, hay una ola de ultraderecha muy potente, con laboratorios ideológicos que van manipulando el discurso social. No podemos poner encima de la gente la responsabilidad al cien por cien de lo que piensa, de lo que siente, cuando estamos bastante manipulados por este en este tipo de ideologías. De hecho, ya hay *papers* que relacionan la ideología de ultraderecha y el rentismo [ver por ejemplo el estudio 'Los riesgos del mercado de alquiler y el apoyo a la extrema derecha']. A esto yo sumaría el cansancio: la gente está agotada, exhausta. Se habla mucho de enfermedad mental, y no hace falta llegar a un punto crítico, a lo mejor se traduce simplemente en una desazón, en una tristeza, en una decepción. Esa fatiga yo la he visto, bueno, la he vivido en primera persona, gente de los movimientos sociales que se ha partido la cara durante mucho tiempo por ejemplo con los desahucios de las hipotecas y que está reventada de ver lo gigante que es el problema.

> “Las grandes huelgas ahora va a tener que ser en la vivienda, y es un derecho que hay que conquistar”

En varias ocasiones has mencionado el peligro que conlleva especular con la vivienda y los temores que eso te genera. Un temor muy lejano a la okupación con la que bombardean desde la esfera política y mediática.

Es que lo de la okupación es una mentira burda. Los casos que hay registrados afectan al 0,06 por ciento del parque inmobiliario nacional [La cifra que ofrece Barrio sale de cruzar fuentes oficiales: según las estimaciones del Ministerio de Vivienda, en el Estado español hay 27 millones de viviendas. Y a tenor de los datos recabados por el Ministerio del Interior, en 2024 se registraron 16.400 denuncias por allanamiento o usurpación de inmuebles –dos situaciones además muy diferentes–. Esto supone un impacto máximo del 0,06 por ciento sobre el parque total, asumiendo que todos estos hechos terminen en sentencia condenatoria]. A mí no me parece que eso sea un problema de seguridad. Es que no lo es. El tema de inseguridad por okupación no existe. Podemos entender okupación como un señor punki que trepa y se te mete por la ventana, que es lo que dice [la periodista y empresaria] **Ana Rosa [Quintana]** o podemos medir la okupación, si lo quieres llamar así, que yo lo llamaría sinhogarismo, porque toda esa gente que ha sido desahuciada evidentemente en algún sitio está. Lo que pasa es que está mal medida, infradimensionada. Lo que sí me preocupa del tema de la okupación es que con todas esas mentiras están inoculando odio entre vecinos. Lo que es muy bestia es que, cuando desahuciaban a hipotecados propietarios, España entera salió a la calle y se posicionaba del lado de la Plataforma Afectados por la Hipoteca (PAH). ¿Dónde está ese sentimiento?, ¿cómo nos lo han transformado desde 2013? Las fábricas ideológicas de ultraderecha han conseguido dar la vuelta a la tortilla.

Como añadido, también se habla de inquiokupación.

Lo de okupar a un particular es tan mentira que se tuvieron que inventar lo de la inquiokupación para hacer número. Otro invento. Y es una perversidad porque, por mucho que tú incumplas un contrato, sigues siendo un inquilino con tus derechos, [un caso] que va por la ley de arrendamientos urbanos y tendrá su procedimiento judicial.

Otro de los mantras repetidos es el del casero vulnerable, situación según la cual okupar una vivienda te convierte en mala persona porque estás metiéndote en un piso que alguien se ha comprado con el esfuerzo de muchos años.

Que la mayoría de los caseros son pequeños propietarios es verdad. Lo que es mentira es que les okupen las casas. Hasta la persona más ignorante sabe que en casa de un particular no hay que meterse. Pero no solo porque me van a desalojar más rápidamente, que también, sino porque yo no le quiero quitar la casa a nadie. ¿O es que te vas a meter tú en la casa de la señora María para que todas tus vecinas te odien? La gente que okupa lo hace porque se siente legitimada a hacerlo. La gente se ha metido en casas que, desde mi experiencia de calle, llevaban años abandonadas, probablemente desde que echaron al hipotecado, y los propios vecinos son quienes muchas veces han

ayudado a otros a entrar en casas que estaban vacías. Esa es la realidad que yo he vivido. Otra cosa es que luego esas casas okupadas, al cabo de los años, han ido pasando de manos. Los bancos tuvieron que deshacerse de su parque inmobiliario por los acuerdos de Europa, vendieron por lotes a fondos de inversión, y un fondo de inversión puede ser Goldman Sachs, pero también pueden ser tres cuñados que se juntan y quieren jugar a Monopoly y se compran cuatro casas. En esa deriva, habiendo entrado en una casa del BBVA, puedes acabar ocupando la casa de un particular. Pero ese señor estaba jugando al Monopoly con tu vida. Ha comprado una casa por debajo del precio de mercado porque tenía una familia dentro y está jugando a "yo voy a ser capaz de echarlo y con esa gestión me voy a sacar mis miles de euros". Entonces, ¿ese es el particular que nos va a dar pena? A mí no. Además, dentro de esa mayoría de pequeños caseros, algunos se comportan como el grande porque "son las reglas del juego". Entonces el argumento de pobrecitos no es verdad. Dejas de ser pobrecito si te comportas como una sanguijuela gigante.

Una de las propuestas que pone sobre la mesa el Sindicato de inquilinas e inquilinos de Madrid es la huelga de los alquileres. Más allá de la ilegalidad, defienden la legitimidad de no pagar una renta que realmente esconde la explotación que explicabas antes entre dos clases antagónicas, la inquilina y la rentista. Ahora bien, ¿la huelga de alquileres es realista en la situación actual?

El derecho a la huelga de los alquileres hay que construirlo. Igual que en su día las grandes huelgas fueron laborales y en las grandes industrias del metal, del carbón y demás, ahora va a tener que ser en la vivienda, y es un derecho que hay que conquistar. No podemos saltarnos las pantallas y pensar que de hoy a mañana todo el mundo va a dejar de pagar. Pero si masivamente bajamos la explotación hasta un nivel compatible con la vida, estaremos haciendo, de facto, lo que debería hacer la ley, que es ponerle un coto a la especulación. Y eso sí que yo sí que lo veo posible.

Hay quienes defienden que el que el problema de la vivienda se soluciona con más construcción, con vivienda nueva.

No es verdad que la solución está en la construcción. Si es que las casas ya existen, si es que la gente está ya en las casas; lo que le hace falta es que le bajen la renta. Con lo de la construcción nos quieren dar otro pelotazo inmobiliario. O sea, ellos arreglan en los problemas echando más gasolina al fuego. Otra burbuja. No hace sentido.

Por terminar con una reflexión positiva: ¿en qué estamos mejor que antes respecto a la vivienda?

[Silencio] Joder, pues [silencio], no, yo creo que estamos peor. [Silencio] Estamos mucho peor. [Silencio] Sí. [Silencio] Nos hacen falta claves, nos hacen falta conceptos. A la gente le hacen falta argumentos para poder contrarrestar al cuñadismo. Que uno pueda hacer frente a los debates de la tele. Se lo han montado muy bien y porque el capitalismo lo tenemos hasta el tuétano. A la gente le cuesta mucho imaginar medidas fuera de la lógica capitalista para cualquier relación de su vida. Es todo un mercado. Y mientras

estemos en ese marco es muy fácil tragarte la ideología del rentismo. Y luego nos hace falta políticos valientes que no sean permeables a estas presiones de los grandes capitales.

Pues un final de entrevista poco esperanzador.

Me da pena pero es que ¿cómo podíamos acabar? Yo en mis formaciones siempre hago un llamamiento: que la gente que está sufriendo por vulneración de derechos, la gente que tenga miedo por perder su casa o que esté sufriendo sobremanera por mantenerla, que no lo viva en soledad. No es su culpa. No has tomado malas decisiones, no te lo mereces, no te avergüences. Porque nos echan la culpa y la vergüenza encima, que es la herramienta más rápida y más eficaz para desactivar a la población. Y eso las mujeres lo sabemos muy bien. Eso desactiva porque te mueres de vergüenza y te quedas cada vez más pequeña y aprendes a que te den palos. Es la indefensión aprendida. Y entonces cada vez vives en casas más pequeñas, más pobres, más tal, y acabas con derecho a una colchoneta, un microondas y un váter. Y defenderemos que eso es el derecho a la vivienda, porque nos lo están encogiendo. La única manera de vencer esa vergüenza y esa culpa es no estar sola. La gente que se asocie y que se movilice en lo que tenga más fácil, más cómodo y que le haga más feliz, pero que no le pille sola. Porque entonces te atrapan. Hay que entrar en el activismo por lo que cada uno les resulte más fácil. Si protegemos esa esa red asociativa, nos van a pillar fuertes. Tenemos que volver a tejerla porque hemos pasado una época de vacas flacas. Nos tiene que pillar juntos porque el problema no es individual, es colectivo, es estructural y sobre todo es político. Y por eso la solución necesariamente tiene que ser colectiva, estructural y política. No hay nada que tú solita puedas hacer. Podrás sobrevivir o podrás de repente tener un golpe de suerte, pero el problema gigante va a seguir existiendo. Necesitamos un contrapoder muy fuerte. Necesitamos un sindicato fuerte. Tiene que existir una figura que represente los intereses del inquilinato porque es la parte más débil del contrato de alquiler. Porque cuando tú te suscribes a un contrato que ya está cerrado o firmas o no firmas, pero no puedes mover ni una coma.